

Apéndice

FIESTAS, CONFLICTOS, AMBIGÜIDADES, TERNURA

En el presente apéndice desearía retomar de un modo más sintético aquellas reflexiones que han sido presentadas de manera un tanto diseminada a lo largo de este libro: ¿Cómo celebrar en medio de los conflictos? ¿Se puede celebrar a Jesucristo en una comunidad formada por miembros conscientes de las mutuas oposiciones en el terreno de sus intereses y de sus respectivos proyectos de sociedad? ¿Cómo puede esta celebración ser auténtica y eficaz? ¿Son los conflictos tema de celebración u obstáculos a la misma? ¿Tienen las relaciones de fuerza y de poder un lugar en la celebración? ¿Supone la autoridad una pérdida de libertad? ¿Hay un espacio de libertad en la espontaneidad? ¿Con quién celebrar? ¿Con cualquiera? ¿A quién se excluye? ¿Hay violencia en las celebraciones? ¿Se debe salir pacificado de una celebración? ¿Son manipuladores los símbolos?

A. *Toda fiesta se sitúa sobre un fondo de relaciones sociales llenas de contradicciones, conflictos y opresiones*

Por lo que se refiere a la fiesta, uno está siempre situado individual y colectivamente. Yo propondría que se distinguieran dos modos de situarse. En el primer modo, se piensa que no hay problema, ni en la comunidad, ni en la sociedad, ni en los individuos: «Todo el mundo es hermoso, todo el mundo es noble». Como dicen algunos: «En el fondo estamos de acuerdo...; olvidemos, pues, nuestras divergencias y celebremos juntos la fiesta»,

con lo cual se niegan las contradicciones; y todo el mundo sabe cuán penoso resulta a veces oír decir: «en el fondo estamos de acuerdo», cuando en realidad se está sintiendo el conflicto. De ese modo, la fiesta fácilmente se convierte en «diversión».

En el segundo modo de situarse, se reconoce que hay tensiones, contradicciones y conflictos. Por ejemplo, con ocasión de una boda, no se da únicamente la alegría de un amor que se encuentra y se abre, sino también las tensiones de los padres, que ven alejarse a sus hijos definitivamente. Más ejemplos: Cuando se festeja el trabajo, no significa que no siga habiendo parados. Cuando se celebra la vuelta de un prisionero, no significa que hayan cesado las guerras. Cuando se celebra una fiesta en apariencia absolutamente espontánea, de hecho tal vez se esté privilegiando a quienes poseen una cierta «cultura», a quienes son capaces de tomar la palabra y vivir y experimentar su propio cuerpo. O una fiesta en la que se desea escuchar la palabra de un niño no impide que al mismo tiempo tratemos de imponerle nuestro propio proyecto, del mismo modo que una fiesta de aniversario en familia no elimina las tensiones existentes. O cuando se celebra la inauguración de una biblioteca y no asisten los obreros que la han construido. O cuando se celebra la ordenación de un sacerdote para el «servicio», mientras la Iglesia sigue sufriendo una serie de dominaciones clericales masculinas... Con todos estos ejemplos, lo que trato de indicar es que, en el trasfondo de toda celebración y de todo acontecimiento/situación susceptible de ser celebrado, hay conflictos, tensiones y contradicciones que no pueden ignorarse; hay una huella del *MAL*. Hablando en términos teológicos —que, por lo demás, tienen sus raíces antropológicas—, diríamos que nuestro mundo es pecador: podríamos hablar de las consecuencias del pecado original, es decir, del mal estructural en la historia. Es sobre estos «duros» y difíciles trasfondos como se vive toda celebración. Y si se pretenden negar, se corre el riesgo de crear una especie de vacío, de superficialidad, de situación falsa e inauténtica.

B. Toda celebración divide y excluye (aun cuando la utopía sea la unión de todos)

Toda celebración lo es de un grupo concreto, el cual tiene su propio lugar cultural y social. No es la fiesta de «no-importa-quién» ni la fiesta de todo el mundo. En una sociedad dividida, plagada de opresiones y contradicciones, la fiesta divide y *excluye*, a pesar de que todos tengan el deseo de una especie de

«Reino» en el que ya no exista la división. Pero tal «reino» no es «para hoy», a no ser en la esperanza y a través de ciertas realizaciones parciales, como puede entreverse en algunas maneras de «remedarlo» e «interpretarlo» con la esperanza de poder gustar un anticipo del mismo. Consiguientemente, toda celebración excluye, a pesar de que quienes la organizan o quienes participan en ella no lo deseen. Así, por ejemplo, en la película *La psalme rouge*, la fiesta de los campesinos excluye al administrador. La fiesta del amor («hacer el amor») excluye a todos los demás. La fiesta de los cristianos excluye, de hecho, a aquellos para quienes Jesucristo no significa nada. La celebración de una conquista laboral excluye a los burgueses, a no ser que hayan optado por solidarizarse con el mundo obrero. El matrimonio de unos jóvenes que desean celebrarlo de acuerdo con los gustos de su generación excluye en parte a la generación de sus padres y a la de sus abuelos. El que Jesús comiera con los pecadores y los publicanos le alejaba de los fariseos. La «celebración» por el cierre de una fábrica excluirá a los representantes del *holding* que ha decidido trasladarla a otra parte. La fiesta de quienes desean «olvidar la crisis» excluirá a quienes desean vivir intensamente su solidaridad con los parados. Y, por último, no hay que olvidar la auto-exclusión de quien no desea celebrar.

La celebración excluye, aun cuando pretenda no hacerlo del todo y se considere a sí misma universal: «Olvidemos nuestras divisiones —dice la autoridad, o el organizador, o el privilegiado— y tengamos la fiesta en paz»; este tipo de exclusión es particularmente mistificadora, porque pretende enmascararse.

En suma, toda celebración excluye. ¿Es preciso culpabilizarse por ello o es mejor reflexionar acerca de las diversas solidaridades implicadas?

C. *La fiesta es instituida por algunos y supone una toma de poder, una violencia. Puede ser, pues, lugar de dominación*

Cuando unos individuos o un grupo instituyen una fiesta, adquieren un determinado poder social. En la institución hay siempre una cierta violencia, aun cuando no sea física. Arrastra a las personas a un «juego», a una celebración, a unos ritos, que no dominan. Puede ser que al término de la fiesta se sienta uno satisfecho de ese tipo de agresión ejercido por la fiesta; pero puede uno sentirse también aplastado por ella. Así, por ejemplo, la fiesta de quienes desean celebrar lo «social» supone una dimensión política que es fuerza y que se impone. La fiesta de los

partidarios de lo «festivo» impone ese carácter festivo (y sus componentes implícitos) al grupo. La fiesta del amor (el amor relacional y físico) es también una cierta agresión del deseo por el otro (agresión de la que, por otra parte, puede uno sentirse muy feliz, aunque en ciertos casos puede uno también sentirse violado). Puede también considerarse la toma del poder por parte de quien propone o de quienes deciden celebrar: se da un sutil juego de poder entre quienes desean celebrar y quienes no lo desean.

De cara a estas tomas de poder se plantea una serie de preguntas: ¿Quién va a instituir la fiesta? ¿De quién va a ser la fiesta? ¿Quién tiene el poder en la fiesta? No se pueden eliminar estas preguntas apelando simplemente al mito de la absoluta libertad, creatividad y espontaneidad de todos, porque esto equivale muchas veces a regalar el poder a los «peces gordos». Hay siempre, por lo tanto, tomas de poder, y es necesario que las haya; pero por eso mismo las fiestas son muchas veces lugar de dominación. Es normal, por consiguiente, que toda comunidad se plantee el problema de cómo «regular» el poder en las celebraciones. Y así, dado que toda fiesta presupone tomas de poder, vuelve a plantearse la pregunta: «¿Hay que culpabilizarse por causa del poder o es mejor interrogarse acerca de las solidaridades?».

D. Toda celebración vehicula una ideología que toma partido

Algunos ejemplos bastarán para indicar que toda celebración remite a cosmovisiones que no son neutrales y que, consiguientemente, movilizan, motivan y justifican determinadas prácticas, a la vez que enmascaran siempre una gran parte de lo que está en juego, en la medida en que jamás manifiestan del todo su particularidad. Así, por ejemplo, la lectura de ciertos salmos en una celebración puede resultar ambigua para algunos, dada la cosmovisión que dichos salmos vehiculan y promueven. De la misma manera, en una fiesta de «jubilación» se expresará toda una ideología sobre el trabajo. En una fiesta que hable de un Jesús solidario de los oprimidos también habrá una correspondiente ideología. En una liturgia que promueva la búsqueda de la salvación individual, otro tanto de lo mismo. En una manifestación obrera también se dejará sentir con toda claridad una ideología. Cualquier celebración matrimonial es vehículo de unas determinadas representaciones ideológicas acerca de la pareja, la familia y el amor. La fiesta de la acogida de un recién nacido

vehiculará la imagen de sociedad soñada para dicho niño. El saludo a la bandera dejará traslucir determinadas ideologías patrióticas. Por último, un postrer ejemplo recientemente vivido: en una liturgia he visto cómo determinadas personas mencionaban el deber de los menos favorecidos... ¡de no contrarrestar los esfuerzos de los más favorecidos para resolver la crisis!

En suma, ¿es preciso culpabilizarse por el hecho de tener ideologías en las fiestas o será preferible preguntarse qué ideologías se vehiculan?

E. Toda fiesta es, en parte, mistificadora

Por el hecho mismo de existir, la fiesta imita, representa situaciones, pero olvida y en ocasiones hasta enmascara ciertas dimensiones de la vida. El rito o el símbolo son una especie de «albergue español» adonde cada cual puede llevar lo que desee, enmascarando las diferencias existentes (piénsese en las diversas significaciones que puede darse a un pastel de aniversario). Sabemos perfectamente, por lo demás, que la mejor manera de impedir sin remedio la posibilidad de «definirse» en común todos los que participan en una fiesta o celebración consiste precisamente en tratar de verificar por todos los medios si dicha fiesta o celebración significa lo mismo para todos. Es tanto como aguar la fiesta.

Por todo ello, la fiesta siempre será un poco (o un mucho, en determinados casos) mistificadora. En este sentido, no hay celebración «pura». Y esa mistificación es a veces tanto mayor cuanto que en las fiestas funciona en ocasiones el mito de la espontaneidad (mito que habría que saber distinguir de la práctica de la espontaneidad, la cual es siempre relativa y limitada). A ello contribuye también el deseo «fusionista» («¡Qué felicidad, estar todos juntos...!); un deseo que no hay por qué rechazar enteramente, pero sabiendo que a veces resulta muy útil el reflexionar acerca del modo que dicho deseo tiene de mistificar. Por lo demás, no toda mistificación es mala; no se trata de culpabilizar con respecto a ella; pero lo cierto es que a veces va demasiado lejos. Y resulta igualmente interesante comprobar cómo los pobres no tienen tanto miedo a las ambigüedades como los poderosos: «Bailemos y comamos hoy... Mañana ya veremos lo que queda».

F. *Una fiesta también puede ser perversida*

En este punto, mi análisis va más lejos que la mistificación. Yo afirmo que una celebración resulta perversida cuando hace lo contrario de lo que pretende. He aquí algunos ejemplos: dar una fiesta a un superior odiado; hacer el amor sin amor; una fiesta popular «organizada» por el poder para manipular a la población; el beso de Judas; una fiesta cristiana (que debería manifestar el amor gratuito, liberador e incondicional de Dios) que se hace «moralizante»; una celebración en torno a una persona agonizante y en la que se procura no hablar de la cercanía de la muerte, porque produce demasiado miedo... La perversión plantea, evidentemente, unas preguntas distintas de las que planteaban las ambigüedades precedentes. Y aquí sí que puede tener sentido el culpabilizarse.

G. *Celebrar en la ambigüedad y en la ternura*

Dadas las anteriores consideraciones, podemos preguntarnos si es posible vivir una celebración auténtica. Mi opinión personal es que no tiene sentido pretender una celebración absolutamente «pura». Cuando, hace algunos años (y en un contexto que explica el porqué), proponían algunos el slogan «no es posible la fiesta si no hay justicia», estaban introduciendo, sin saberlo, una aporía. Porque, si hay que aguardar a que esté establecida la justicia para comenzar a celebrar la fiesta, ésta no se celebrará jamás. Los pobres y oprimidos, que hacen fiesta siempre que pueden, lo saben perfectamente. Pero es muchas veces una exigencia propia de los privilegiados la de poseer absolutamente la «justicia» y... una buena conciencia. Más que buscar esta «pureza» tan ambigua, yo propondría que se promovieran unos modos de señalar lo realmente relevante de la celebración que tocaran directamente las contradicciones de la vida. En una fiesta del acceso a la adolescencia, por ejemplo, tendría sentido expresar el temor que sienten los adultos y, a la vez, el que sienten los jóvenes en el conflicto generacional. En la fiesta por el nombramiento de un jefe o superior, tendría sentido expresar, vivir intensamente y simbolizar la ambigüedad del poder que va a asumir. En una fiesta por la victoria, será importante hacer resaltar el peligro de convertirse en opresor. En la fiesta por la culminación de una tarea (la cosecha o una sesión de trabajo, por ejemplo), pueden resaltarse las limitaciones de dicha tarea, así como evocar a quienes se han visto abrumados por ella. Pro-

pondría, en suma, el siguiente criterio: una fiesta es más auténtica si las tensiones, los conflictos y las contradicciones que forman parte del acontecimiento/situación que se trata de celebrar no quedan demasiado enmascarados por la fiesta, sino, por el contrario, más accesibles y cercanos. De ahí la importancia de «decir», «reconocer», «confesar» (y empleo la palabra deliberadamente) las ambigüedades presentes en la fiesta (véase la diferencia entre el publicano, que dice sus contradicciones, y el fariseo, que las enmascara).

Por otra parte, las celebraciones que velan más de cuanto desvelan sus contradicciones, así como las que rehúsan reconocerlas, en seguida se manifiestan como vacías y no pasan de ser una farsa o una «diversión». «La fiesta, sin la dimensión de lo político, se convierte en una farsa»; pero tampoco olvidemos que «lo político sin la fiesta es mortalmente aburrido». Uno de nuestros problemas cuando tenemos dificultades que celebrar, ¿no procederá tal vez del hecho de que enmascaramos excesivamente los conflictos y las ambigüedades?

También es importante añadir, por lo demás, que para hacer frente a estas ambigüedades es preciso que exista una gran dosis de ternura en la comunidad que vive las celebraciones y las contradicciones. Sin esa ternura, el afrontar los conflictos y las tensiones resulta insoportable e inhumano. Sin la ternura y el perdón, las confrontaciones no tardarán en hacerse inaguantables y lo más fácil será que, debido a la insignificancia de las celebraciones, lo que se viva sea pura diversión, huida, alienación u opio.

De ahí la necesidad de formular un criterio de autenticidad: una celebración está llamada a hablar desde lo más profundo de las vivencias humanas, que abarcan incluso los conflictos, contradicciones, tensiones, opresiones (a nivel individual y colectivo)... constantemente presentes en dichas vivencias. Entonces, y sólo entonces, podrá salirse de la celebración pacificado, como el publicano de la parábola. De lo contrario, lo que se hará con la fiesta será edulcorarla (lo cual, por otra parte, responde a los intereses de quienes, consciente o inconscientemente, desean utilizar las celebraciones para enmascarar y hacer aceptables sus dominaciones).